

REFLEXIONES SOBRE LA PREVISIBLE EVOLUCIÓN DE LOS AÑOS OCHENTA

Pere Durán Farell

Texto de la conferencia pronunciada en el círculo de Economía de Barcelona el día 14 de Octubre de 1980.

El tema escogido es muy amplio: la evolución previsible en los años 80. Pero, si bien el tema es efectivamente muy amplio, lo trataré de forma muy concreta. Lo trataré por la vía de la reflexión, es decir, no con juegos de números ni razonamientos técnicos sino mediante consideraciones, incluso de presentimientos e intuiciones que me llevan a pensar en los años 80 con ilusión y esperanza, pero también con temor y con cierta angustia.

Yo, como seguramente todos ustedes, hemos pensado mucho, hemos realizado muchas reflexiones sobre como pueden ser los próximos años que intuimos difíciles, muy difíciles, pero, en todo caso, apasionantes. Hoy voy a hacer algunas reflexiones ante Uds. sobre este tema, como pensando en voz alta. Y el hecho de no escribirlas previamente para leérselas ahora comporta evidentemente un cierto desorden de exposición que confío pueda ser compensado por una mayor vitalidad de expresión de los pensamientos que así, de una manera absolutamente directa, transmitiré a todos Uds.

Primeramente, les hablaré de lo que creo podría ser la evolución a nivel mundial. Después, de la que podría ser en España en esta década de los 80 y, en

lo referente a nuestro país, lo haré de modo esquemático y más simple para dar pie a más preguntas sobre mis reflexiones y así el coloquio puede ser más vivo y más interesante por su intervención.

Ante todo, quisiera decirles que mis reflexiones, y precisamente por el hecho de ser reflexiones, no pueden -no quieren- ser ni pesimistas ni optimistas sino que pretenden sólo ayudar a la toma de conciencia de lo que realmente estamos viviendo.

Es posible que un razonamiento estrictamente intelectual o técnico nos llevaría al pesimismo y por esto a menudo oímos que un pesimista es un optimista bien informado o bien razonado. Pero una reflexión es mucho más compleja que un simple planteamiento intelectual o técnico porque, en todo caso, ésta es sólo una de las numerosas y complejas vertientes de una reflexión. Una reflexión fundamental nos lleva más bien a un optimismo potencial por la razón de que, en este momento, todo es posible, lo mejor y lo peor. Nunca el hombre había tenido tantas posibilidades de resolverlo todo, como también evidentemente, de destruirlo todo, incluyéndose el mismo. Pero si bien todo es posible, ello quiere decir que vivimos una circunstancia de optimismo porque el pesimismo existe cuando hay una sola alternativa y ésta es mala. Hoy precisamente se dá todo lo contrario.

Las reflexiones que voy a hacerles, las haré naturalmente de acuerdo con mis convencimientos personales en el centro de los cuales hay uno por encima de todos los demás: el de mi convencimiento de que en el mundo de hoy todo es interdependiente, que ya no hay valores ni conceptos convencionales inamovibles, y que la única fórmula para administrar la interdependencia es la solidaridad

Somos interdependientes en el orden material y en el orden económico. Sólo es preciso recordar el petróleo de Arabia Saudita, por no decir el de Irán o el de Irak, de tanta actualidad en estos momentos. O bien que el comercio internacional progresa a un ritmo mayor al 50 %, superior al crecimiento del PNB mundial. O bien que, como consecuencia de la actividad industrial moderna, las grandes masas de anhídrido sulfúrico que se lanzan a la atmósfera están ocasionando una lluvia progresivamente ácida, produciendo un grave deterioro en la fauna y flora. O bien, que las enormes cantidades de anhídrido carbónico están aumentando la temperatura de la tierra. O que el plomo de los antidetonantes en los combustibles líquidos está elevando el envenenamiento de la atmósfera hasta límites peligrosos. O que la inmediata e inevitable exploración de los océanos y del espacio borrará, por definición, toda idea de frontera o barrera histórica convencional. O que, en general, las materias primas del Tercer Mundo son indispensables para el mundo industrial.

Somos también interdependientes en el orden social y humano a nivel mundial. Y lo somos porque este Tercer

Mundo constituido por más de 100 naciones, con el 75 % de la población de la Tierra, tiene características muy diferentes, pero tiene en común un sentimiento de injusticia frente al mundo occidental que le sale del fondo del alma y que lo configura como una especie de proletariado interno a escala nacional en la historia de los países de Occidente. Es decir que, social y humanamente, el Tercer Mundo es, respecto del mundo occidental, lo que el proletariado histórico ha sido respecto de las burguesías nacionales; esto debería contribuir a que entendiéramos muy bien que esta interdependencia puede condicionar la evolución y la estabilidad del mundo en los próximos años 80.

Para empezar a adentrarnos en el tema, creo que vale la pena recordar lo que fundamentalmente ha pasado en los últimos 50 años para tener una primera toma de conciencia de la tremenda aceleración que estamos viviendo en la historia.

Tomemos por ejemplo, de 1925 a 1975. Podemos distinguir dos periodos de 25 años cada uno, separados por la segunda Guerra Mundial. En el periodo 1925-1950 la estructura del mundo era la siguiente: Norte constituido por democracias occidentales, los países fascistas y la Rusia comunista, y la convicción profunda que el dominio del Oeste sobre el Sur duraría mucho tiempo. Recordemos que, al empezar la última guerra mundial, es decir en el momento de la invasión de Polonia, el 80 % de las tierras y el 75 % de la población estaban controlados por el Oeste y, dentro de él, el 25 % estaba constituido por el Imperio Británico.

En el periodo 1950-1975, la estructu-

ra cambia radicalmente. Al principio el Norte es bipartido, incluyendo las democracias occidentales y Japón, por un lado, y los países del Este, por otro. Durante este periodo se produce el hecho trascendental de la descolonización, que dá lugar a más de 100 nuevas naciones, la instauración del comunismo en China, el nacimiento en Bandung del movimiento de los no alineados, la creación del Mercado Común, de la OPEP, y todo ello hace que el mundo bipartido o bipolar nacido de la segunda guerra (Occidente y Países del Este) acabe dando paso a un mundo multipolar, actualmente aun en plena inestabilidad.

En este segundo período se produce un avance tecnológico y económico sin precedentes, simultáneo a una explosión demográfica también sin precedentes, y todo ello nos ha conducido a la presente crisis, de una magnitud también desconocida.

Creo que la crisis actual refleja el cansancio inevitable después de unos años de grandes esfuerzos y, sobre todo, de graves desequilibrios y refleja también la incapacidad del sistema social, cultural e industrial que tenemos para seguir administrando la realidad del cambio que estamos viviendo y que se nos está escapando, lo que nos hace vivir con esta sensación de crisis de valores convencionales y en una constante perplejidad.

Creo que así es la realidad. Es preciso admitir con naturalidad que es así, porque no es que las cosas vayan a cambiar sino que ya han cambiado y, por tanto, ya no es válida la ficción o, si se quiere, la comedia de seguir manteniendo como inamovibles unos principios, unas

normas y unos valores que ya están superados.

Admitir esto, cuesta. Incluso las grandes organizaciones internacionales como el FMI y la OCDE, por ejemplo, y también las instituciones de gobierno y las organizaciones nacionales políticas, económicas, sociales y sindicales producen, en general, informes con conclusiones pesimistas, porque no acaban de admitir esto y, no admitiéndolo, cuando razonan el presente y prevén el futuro, constatan lógicamente que la crisis presente no tiene salida. Los programas económicos de los gobiernos también fracasan porque se basan demasiado en criterios convencionales y, olvidando la interdependencia de todas las cosas, no los simultanean con programas culturales, sociales, tecnológicos, ecológicos y políticos coherentes con ellos. Como consecuencia el ciudadano -que él sí intuye el cambio-acaba perdiendo la ilusión y la fé porque nadie de los que deberían hacerlo le enseña el camino del mañana ni le propone nuevos horizontes de país suficientemente sugerentes para motivarlo y para luchar por ellos.

Creo que la crisis global de estos momentos era inevitable y pienso que, vista con perspectiva histórica, era necesaria, y pienso también que será positiva porque nos impone una profunda reflexión a fin de replantear y reconducir nuestras conductas antes de adentrarnos en la decisiva década de los años 80, en la que los peligros son extremos pero también las oportunidades son excepcionales. Creo sinceramente que nunca el hombre había tenido tanta capacidad para resolverlo prácticamente todo, ni tampoco tanta capacidad para

destruirlo todo, incluyéndose él mismo.

Evidentemente es muy positivo que esta crisis nos haga sentir una necesidad, yo diría casi vital, existencial, de autocrítica y de autorreflexión. Por suerte, es un hecho que cada día hay más hombres y más organizaciones mundiales y nacionales que están haciendo análisis críticos y reflexiones serias de su propio avance y de sus propios errores a fin de consolidar los logros conseguidos hasta ahora y digerir lo que ha constituido un error o fracaso. Porque todos intuimos que estos análisis y los saneamientos mentales y materiales que comportan son indispensables para enfrentar el próximo gran ciclo del avance humano que puede ser realmente espectacular.

Y puede ser espectacular y sin precedentes, porque hoy puede decirse, como nunca, que el futuro ya no será casual y que, en gran medida, será lo que el hombre quiera que sea. Pero como todo es interdependiente, este futuro será único para todo el mundo o no será. Es decir, que la familia humana seá lo que quiera ser, pero siempre y cuando acepte este reto con una actitud, con un sentimiento, con una profunda convicción de auténtica solidaridad.

Ya sé que estamos viviendo aún en un mundo que no sabe compartir, que no es solidario. Por ejemplo, ahora ya sabemos que en el año 2.000 habrá como mínimo cinco veces más de hombres que a principios de siglo y que el consumo será 50 veces más elevado. Pues bien, para hacer frente a este colosal reto, aun tenemos un mundo en el cual treinta naciones obtienen el 85 % del PNB mundial y las restantes ciento veintidós naciones solamente el 15 %.

Aun gastamos más de 450.000 millones de dólares anuales en presupuestos militares, es decir 60 veces más para equiparar un soldado que para educar a un niño, y 500 veces más que para atender a un enfermo. Se gastan unos 80.000 millones de dólares anuales en la compra de armamento, es decir, 2,5 veces más que los presupuestos de educación y sanidad de todos los países en desarrollo.

Sabemos también que el 30 % de la población está infraalimentada y que en este momento hay 300 millones de parados, y que, como decía antes, se está agravando la degradación de los recursos naturales y de la biosfera, océanos, bosques y prados, todo por egoísmo, por prisas y por insolidaridad.

Todo esto es cierto, pero también lo es que si se dirigiera con grandeza, generosidad y solidaridad el inmenso potencial tecnológico del que el hombre dispone, los grandes problemas, los grandes objetivos se podrían plantear con espectaculares esperanzas de resultados positivos.

Esta es la gran cuestión que se plantea en los años 80. Es difícil imaginar si estamos muy lejos o muy cerca del momento en que el mundo occidental y el mundo rico en general sabrá tomar conciencia de la obligación que tiene de dirigir de nuevo su gran potencial, sus esfuerzos y sus recursos hacia el gran intento de construir un orden universal nuevo más solidario y, por tanto, más justo y estable.

Es una obligación que el mundo occidental debería sentir por principio como consecuencia de su fuerza real en el mundo de hoy. Pero también por egoísmo, por instinto de conservación, porque si él no lo hace no lo harán los de-

más, quienes en principio son, sobre todo, sus oponentes.

Y en este sentido, es decir, en el de si tomará o no conciencia a corto plazo de esta obligación, permítanme hacer algunas reflexiones. Lo que parece claro es que, en estos años 80, se decidirá la tendencia, es decir, un mayor protagonismo o una mayor inhibición. Si es mayor protagonismo, nuestro mundo podrá aportar muchas cosas, pero si se acentúa la inhibición en el nuevo mundo que ahora se está haciendo nuestros valores serán allí minoritarios y nosotros nos podemos encontrar como auténticos extranjeros.

Preocupa la indiferencia fundamental que constatamos hoy en el mundo occidental, el replegarse sobre si mismo, su atonía vital frente a cualquier proyecto nuevo y su pereza de emprender o crear.

Y preocupa evidentemente que, prisionero de su cartesianismo y de su moral tecnocrática, siga pensando que su visión del mundo, que su percepción de la realidad y que sus normas morales y políticas son las que corresponden al orden natural y permanente de las cosas y por lo tanto espere que lo demás, que el resto del mundo, se le acerque para decirle que tiene razón, lo cual, naturalmente, no ocurrirá.

Y preocupa también que siga ignorando que, si bien es fácil dominar, perturbar, interferir e incluso destruir un sistema organizado, no es fácil hacer lo mismo sobre lo que, desde Occidente o desde el Este, se considera o se entiende como desorden, insuficiencia o anarquía.

Vietnam o Afganistán son ejemplos característicos de esta ignorancia en los

cuales dos grandes potencias superequipadas en relación a las resistencias auténticamente primarias pero nacionales, han conseguido solo un equilibrio difícil que no se acaba de dominar a pesar de los cálculos rigurosos de los sistemas más convencionales y más sofisticados. Además, en el caso de Afganistán, parece ser que, incluso la anarquía reinante entre los resistentes dificulta aun más la eficacia de una acción metódica de las tropas de ocupación.

El Este y el Oeste no acaban de entender las motivaciones básicas del Tercer Mundo. Hoy parece claro que tanto Rusia como los Estados Unidos se han visto sorprendidos por la guerra Irán-Irak, porque tanto uno como otro son víctimas de sus respectivos ordenes mentales, ya superados. El Tercer Mundo se mueve con acciones y reacciones de niño, que la sofisticación de lo que podríamos llamar la mayoría de edad, tanto del Este como del Oeste, no puede comprender. Y menos en este momento de espectacular crisis de los valores convencionales, del Este y del Oeste.

Y en este mismo sentido preocupa que en el mundo occidental, en el mundo rico, sigamos ignorando la capacidad del resto de la humanidad para vivir en la insuficiencia material y en el desorden o, mejor dicho, en el nuestro no orden convencional, y sin las más mínimas estructuras al estilo de las que nuestra mentalidad cartesiana concibe como imprescindibles.

Y, como consecuencia, los Estados Unidos, por ejemplo, acuerdan el boicot de productos alimenticios al Irán, produciendo inmediatamente el efecto contrario del que pretendían.

En esta misma línea de reflexiones, podríamos citar la preocupante subvaloración que el mundo occidental ha hecho de la Sexta Conferencia de la Habana, del otoño de 1979 de los Países no Alineados. A esta Conferencia asistió solamente -los demás habían muerto- uno sólo de los líderes históricos, Tito, muerto también en la actualidad, que planteaba aun la aproximación a los diferentes temas con el estilo convencional característico de los actuales políticos del Este y del Oeste. Pero, salvo Tito, todo lo demás fue la aparición masiva de una nueva generación de líderes oscuros, desconocidos de hecho para Occidente, que expusieron violentamente, agresivamente, sus ideas sobre un futuro del mundo absolutamente irracional, desde nuestro punto de vista o de la razón occidental, pero que representaban más, de cien naciones, dos mil millones de hombres, la mayoría de materias primas que el mundo rico necesita, y todo ello con una oratoria y una mística de combate de la que nosotros carecemos en absoluto.

Y cuando se constata la subvaloración que nuestro mundo ha hecho -creo yo- de la Conferencia de la Habana, no se puede evitar el pensamiento de que la Historia demuestra que, en situaciones críticas, en situaciones límite, se impone siempre la gran fuerza de los débiles frente a la gran debilidad de los que, teniendo todo como nosotros, no tenemos el coraje de utilizarlo.

Les he hecho todas estas reflexiones porque creo que configuran el pasotismo de nuestro mundo, del mundo occidental, que está subvalorando la trascendencia real del Tercer Mundo y que,

en consecuencia, también subvalora la necesidad, la obligación histórica que tiene de ser beligerante activo y protagonista de la construcción del nuevo orden universal en el cual el Tercer Mundo es una pieza irreversible y fundamental.

Ahora bien, si bien es cierto que estas reflexiones ponen de relieve que, en este momento, Europa está abdicando de un deber que debería cumplir por su importancia real dentro de la comunidad humana, creo que también podemos hacer una reflexión fundamental que nos lleva a una gran esperanza.

En muchos países de Europa, y especialmente en lo que podríamos denominar la Europa del Norte, se ha superado de hecho la problemática histórica de su proletariado interno, lo cual se concreta en el comportamiento social de su burguesía industrial y en un sindicalismo no rupturista pero si reivindicativo, contrariamente a lo que pasa en la Europa del Sur.

La experiencia interna de estos países, es decir, la administración solidaria de todas las independencias que se derivan de su complejo cuerpo social, es una realidad indispensable para comprender y sentir la necesidad histórica de emprender la gran tarea de absorción del proletariado externo a nivel universal que es el Tercer Mundo y que, conscientes de la interdependencia de todos, a nivel planetario, constituye esta tarea de garantía decisiva para consolidar su propia estabilidad. Tarea que puede emprenderse con la profunda convicción de su viabilidad, porque puede extrapolarse a nivel mundial aquello que ya se ha asumido a nivel nacional.

Creo sinceramente que la maduración interna de la mayoría de países de Europa en esta década, maduración que pasa sin duda por actitudes solidarias de todos los elementos sociales que la componen, llevará a que nuestra Europa tome el protagonismo que, a nivel mundial, le pertoca por sus actitudes morales y materiales que tan auténticamente ha acumulado en el curso de su ya larga historia.

No sé si la nueva revolución industrial que acaba de iniciarse puede, en cierta forma, retrasar o acelerar este protagonismo. Es difícil la previsión. Me refiero, naturalmente, a la microelectrónica que nos hará pasar rápidamente de la era industrial, en la que la maquinaria nos ha ayudado a trabajar, a la era del conocimiento, en la que la maquinaria nos ayudará a pensar. La microelectrónica en el control de procesos y en el diseño, la informática, la telemática y la robotización industrial liberarán grandes cantidades de mano de obra que podrá ser aplicada hacia sectores de futuro en el marco de un nuevo tipo de sociedad minimamente ocupada en horas de trabajo y de la cual el propio J. Lesourne, Director del Proyecto Interfutures, de la OCDE, ha dicho que el obrero tipo de hoy, cliente típico de los sindicatos, en la nueva sociedad, en la sociedad de la era del conocimiento, a fines de los años ochenta, será una especie en vías de extinción.

En circunstancias de este tipo, es decir, en momentos de innovaciones o revoluciones trascendentales, la solución realista es siempre la que viene denominándose de huída hacia adelante, y por esto confío en que esta nueva revolución industrial acelere la necesidad de

mundializar las cosas y acentúe la estructuración del nuevo orden universal en el que el mundo rico sea como un nuevo gran terciario en el contexto de un reparto de los sectores secundario y primario en las parcelas más idóneas del Tercer Mundo y, todo esto, en el marco de un nuevo tipo de vida que, superando el comunismo frívolo, anteponga la calidad a cualquier otra posible concepción de vida.

¿Qué supondrán estos años ochenta para España?

En lo que les he dicho hasta ahora, en las reflexiones que les he transmitido, han podido ver siempre mi profunda convicción, casi diría mi obsesión de que, a nivel universal, la interdependencia de todo como consecuencia en gran medida de la toma de conciencia del Tercer Mundo, hace que, o se administra solidariamente llevando a término la gran aventura humana de un orden universal nuevo, único para todos, o no habrá futuro para nadie. Ni para el primero, ni para el segundo, ni para el tercero, ni para ningún mundo.

Lo mismo puede decirse, a nivel nacional, de cualquier país de nuestro mundo en que la creciente toma de conciencia de las diferentes parcelas y capas sociales, es decir, la interdependencia de todo, obliga a un tratamiento absolutamente solidario de este hecho.

Pero en España, este fenómeno es especialmente activo porque acabamos de salir de una dictadura y, como toda dictadura simplifica la realidad, cuando desaparece, la simultánea y brusca toma de conciencia de todo aquello que la dictadura ha simplificado o reprimido, plantea unas interdependencias especialmente radicalizadas que, por tanto,

deben ser tratadas con exquisita sensibilidad y profunda solidaridad. Esta es la gran tarea a hacer para los españoles, para los catalanes, en estos años ochenta, y no tenemos alternativa, o triunfamos en esta tarea o tendremos que empezar a ser pesimistas de verdad.

Como ustedes saben, durante la dictadura se fue comprando la estabilidad, la tranquilidad colectiva con el consumismo, es decir, con el constante crecimiento del nivel material de vida y, por tanto, se desarrolló la estructura socio-industrial española con un criterio esencialmente económico pero con un evidente déficit de sentido y significación social.

La consecuencia es que hoy no tenemos aun en España una política de vivienda, de sanidad, de educación, de cultura, de ordenación del territorio, por la cual, por ejemplo, un ciudadano pueda comprar una vivienda a 20 años y al 5 %; un ciudadano pueda ser atendido medicamente y educado sin diferencias de estamentos sociales; un ciudadano pueda tener acceso a las actividades culturales más diversas a un coste simbólico; y que la utilización del territorio se conciba en función prioritaria del interés general. Y todo esto sin perjuicio del hecho y de la propiedad privada en la vivienda, en la sanidad, en la escuela, en la cultura y en el territorio.

No somos, en absoluto, comparables en este tipo de infraestructura y de política social con los países de la Europa del Norte, a los que antes me he referido y solamente cuando lo seamos, habremos demostrado con hechos y no solamente con palabras, que la solidaridad es una actitud, un comportamiento y una realidad de la sociedad española

sin la cual -sin la solidaridad- no será posible una estabilidad razonable en el futuro.

Creo que esta infraestructura de contenido y significado esencialmente social, y la consecuente política que la administre, debe hacerse inaplazable cueste lo que cueste, y casi diría, se pueda o no se pueda, porque sin ella no será moralmente exigible la solidaridad en todo el pueblo español. Solidaridad absolutamente necesaria para entrar de forma responsable en el futuro.

Y dicho esto, voy a simplificar y a resumir, para incitar a un coloquio más vivo. Creo que para realizar esta infraestructura y política social, se precisa:

En lo político, un Gobierno de amplia coalición. La escala real de los problemas de hoy y la escala de los objetivos que el país necesita rebasan las posibilidades de un gobierno monocolor, de derecha o de izquierda. Por ejemplo, personalmente creo que el último programa económico del gobierno está en buena línea, pero es demasiado a la hora de realizarlo, para un gobierno monocolor, en este caso de derechas, y es insuficiente para el país. Una amplia coalición permitiría un programa que fuera más allá, con más posibilidades de realización, si solidariamente se piensa, de verdad, en el país.

En lo económico, se necesita desdramatizar los conceptos sector público-sector privado. Si se piensa de modo solidario en el país, ambos se necesitan mutuamente, y los celos o reservas mentales que haya no pueden ser obstáculo para esta desdramatización.

Personalmente, pienso que si se tiene en cuenta con realismo y serenidad la

compleja y gravísima degradación de la estructura industrial española y las lesiones profundas producidas en la moral del empresario, no habrá a corto plazo suficiente inversión privada, porque las garantías que se exigen para producirla, son, creo, impensables que se puedan producir.

Como que el país sigue y seguirá viviendo pase lo que pase, es preciso recurrir a la inversión pública para desbloquear la presente coyuntura de parálisis generalizada o, mejor, como he dicho tantas veces, al dinero público concertado con rigor, seriedad y solidaridad con los instrumentos privados más idóneos.

En lo social, es necesario pasar mayoritariamente al sindicato reivindicativo, dejando el rupturista. Si somos auténticamente responsables, esto no es ninguna utopía porque, si desde el Gobierno se produce no un simple PEG (Programa Económico del Gobierno) que, sólo, no tiene sentido, sino que se produce un conjunto de planes simultáneos y coherentes, sociales, culturales, ecológicos, tecnológicos, etc., podría dejar sin fuerza moral a cualquier actitud rupturista.

Ya se que es inevitable la pregunta de como puede financiarse todo esto. Si lo juzgamos con criterios convencionales, los cuales nos han llevado a la tristeza actual, la respuesta es fácil: de ninguna manera.

Pero, permítanme hacer un gran acto de fe en la enorme fuerza de un pueblo motivado por unos objetivos trascendentes. Fuerza que es capaz de compensar la inflación que resulte de unos fríos números sobre un pueblo entristecido.

Creo sinceramente que es un compo-

nente fundamental de la inflación española de hoy la tremenda falta de productividad del trabajador y, por otras circunstancias, también del empresario, así como los enormes gastos, innecesarios y frívolos, que hoy se producen en la decepcionada sociedad española.

La problemática que hoy tenemos planteada supera ampliamente la macroeconomía y las teorías económicas convencionales que presuponían, para su cumplimiento, unos mínimos de disciplina y de ilusión, colectiva que hoy, por las razones que sean hemos perdido. Hoy necesitamos más psicología que economía convencional y creo sinceramente, profundamente, que solamente un programa auténticamente motivador, que nos haga de verdad solidarios, nos permitirá el éxito que todos, pensando en nuestro país, tanto deseamos.

Y la motivación necesaria hemos de conseguirla ahora, desde ahora, y creo que los vacíos que en lo social nos ha dejado la dictadura dan precisamente la ocasión, la oportunidad, para un programa de inmenso contenido social y que, movilizándolo en consecuencia la economía -cosa que, por ejemplo, Europa puede hacer en menor medida- daría una dinámica al país dentro de la cual podrían plantearse, con predisposición social y humana, las reconversiones socio-industriales profundas y siempre difíciles que la nueva revolución industrial nos exige.

Y con esto finalizado a fin de dar paso a sus preguntas que serán mucho más interesantes que lo que yo les haya podido decir, Estoy a su disposición, y muchas gracias por su paciencia y por la amabilidad de haberme escuchado.